

LAS HOGUERAS DE SAN JUAN.

LA SUPERSTICION MAS ANTIGUA DE LA HUMANIDAD.

Por Juan Luis Martín.

LAS candeladas de San Juan—que decimos por aquí—tienen su origen en los más antiguos cultos al Sol. El fuego, es trasunto de la luz solar, cuando se oculta el astro central de nuestro sistema, por las noches. La hoguera, encendida frente a las cabañas de los salvajes, o en medio del bosque durante las expediciones de caza, resguarda al individuo de las bestias feroces, de los insectos, del enemigo. Por eso, se otorgan al fuego las virtudes más excelentes, las mejores cualidades, el don de propiciar las riquezas, de resguardar al hombre contra las enfermedades, de conceder fertilidad a sus campos, progenie a la estirpe. Durante las epidemias—causadas, según la mentalidad primitiva por espíritus que proyecta el enemigo—se encienden las hogueras y en torno de ellas bailan las tribus; en época de sequía, producida ésta también por las mismas causas de la enfermedad del hombre, las fogatas, espolean a los dioses propiciatorios de riqueza, para que de la matriz universal que es la tierra surjan los regalos que han de mejorar la condición humana. El culto del fuego, derivado del culto del Sol y de los ritos de la fertilidad (íntimamente enlazados todos), fué universal. El incendio del rayo, luz que descien- de lanzada del Cielo o por las deidades uránicas, colocó dentro de la misma familia también las fulminaciones eléctricas, haciendo del trueno y el relámpago los mellizos religiosos que vemos figurar en todas las mitologías. El fuego hace la idea en la mente del hombre, es el espíritu de las criaturas pensantes. Es profi- láctico, lustral, propiciador del bien, resguardador del mal, pivote alrededor del cual giran las sociedades humanas. El hogar es la fogata. Las hogueras de San Juan son super- vivencias de estas antiquísimas ideas, instintivas casi en todos los hombres.

La generalidad de los pueblos escogió para la celebración de los ritos solares con la fiesta máxima de las antorchas, la noche del 23 de Junio en que el Sol se encuentra en el Trópico de Cáncer, retardando su movimien- to de ascenso hacia el Polo, para alcanzar su máxima latitud, iniciando así, con la noche más corta del año, el verano. A partir de aquí, en su carrera hacia el Solsticio Hiernal (del 22 al 23 de Diciembre), los días van acortán- dose, la luz haciéndose más escasa, y más ne- cesario, por tanto, el luminar de las fogatas. Así, pues, es propio de pueblos del hemisferio boreal la celebración de la Noche de San Juan con hogueras, en especial señalamiento de este hecho natural, enlazado con el movimiento del sol.

El Cristianismo hizo con las dos festividades solsticiales—vernal y hiernal—coincidir dos de las más máximas celebraciones de la Iglesia, que conmemoraban actos fundamentales de la Religión; el día del Solsticio Bernal, San Juan, el precursor; el día del Solsticio Hiernal, la Navidad. Estas fiestas incidieron con otras, no menos importantes en el Calendario Re- ligioso, con las equinocciales.

En Persia fué, de todos los países de la An- tiguiedad, donde hacia la época de Darío, el culto del fuego logró su mayor importancia con el Zoroastrismo. Reflejo de la luz celeste eran las fogatas. Divinizándose el fuego, se crearon los cuerpos de Athrivas o sacerdotes que cuidaban de alimentarlo, en los templos llamados Atschgach. Para evitar que el con- tacto de la luz solar adulterase la llama divi- na, ésta se guardaba en un sitio reservado del templo, en un vaso de metal, donde lo avi- vaban con fuelles, impidiendo que el alien- to humano lo profanase; le ofrendaban resinas olorosas y se le dirigían plegarias. Las lla- mas que ardían en los templos zoroastrianos, procedían del fuego que, encendido por el Sol, existía en el paraje del nacimiento del mismo Zoroastro. Se creía en las igniciones espontá- neas, caso nada sorprendente en un país don- de existen muchas lagunas impregnadas de petróleo, como es Persia. Cuando los reyes iraníes viajaban, llevaban fuego de la llama sagrada. ¿No iba a tener en Persia, como lo había tenido en la India, significación religio- sa el 24 de junio, día—repetimos—del Solsticio de Verano?

En las Galias, los druidas celebraban tam- bién con actos de trascendencia religiosa la fecha. En China, es el día de Lung-Yit, o la fiesta del Dragón.

En Babilonia, el 24 de junio comenzaba el mes de Tamuz, correspondiente al egipcio Epep.

Hubo una época entre los judíos en que apa- rentemente el primer día de Tamuz, por in- flujo de Babilonia sobre Judá, era de obser- vancia especial. Tamuz residía en un árbol, y era también el fuego en que la divinidad se manifestaba. Su culto se hacía relacionar con el de los muertos. En el Descendiente de Ishtar se lee: "En los días de Tamuz, ejecu- ta tus cánticos para mí en la flauta cristali- na, ejercita el instrumento (parte del texto mutilado), en la canción de Apoteosis, oh, vo- vosotros, hombres y mujeres que lloráis por los muertos, para que ellos asciendan al cielo y perciban el olor del incienso."

Durante el mes de Tamuz, los judíos en- cendían hogueras, que, en el devenir de los siglos, son nuestras hogueras de Pentecostés. En el fondo, existe el mismo culto solsticial, perduran los mismos ritos que recuerdan el curso del Sol de uno a otro Trópico.

LA MAGIA Y LA NOCHE DE SAN JUAN

En muchos países como veremos después, es costumbre recoger ciertas yerbas el 23 de Ju- nio por la noche, para confeccionar talisma- nes y "resguardos."

Los que practican la magia negra recogen esa noche las hierbas que luego utilizarán en sus talismanes y hechizos, y construyen la va- rita mágica, en que reconcentran todas las fa- cultades de que se supone está dotado el he- chicero, preparando también el pergamino má- gico, sobre el cual escribirán las palabras con-



juratorias de los resguardos. El pergamino mágico se fabrica sobre piel de cordero que haya nacido muerto, o de otro animal que hubiese venido al mundo en la misma condición. Las hierbas llamadas solares, que se recogen la noche de San Juan son la ranúncula o poligonía, cuya poción excita la pasión; y el heliotropo, que, puesta bajo la almohada, revela el nombre de los enemigos.

EL FUEGO Y LAS HOGUERAS EN LOS PAISES NORDICOS

Como en Irlanda, donde se cree que no tardará en casarse y tener muchos hijos la muchacha que salte tres veces la hoguera de San Juan sin quemarse la ropa, y en Francia, donde presumen que la que quiera encontrar marido antes de fin de año debe dar nueve vueltas al fuego encendido la noche del Solsticio de Verano, en los países escandinavos y Alemania, el saltar la hoguera es auspicioso al matrimonio y conveniente al resguardo de las bestias y las tierras. En algunos lugares de España, llevada posiblemente por los godos, subsiste la misma superstición. También se conceden propiedades lustrales y de prelificiencia a las aguas, la noche de San Juan, particularmente a las aguas de bien determinados ríos y manantiales. En los países de lengua española son muchos los ríos designados con el nombre del Bautista.

En Alemania Septentrional, antes de la salida del sol el 24 de Junio, la gente encaminase a los ríos o las fuentes, y por medio de operaciones mágicas intentan adueñarse de las propiedades profilácticas del elemento líquido. En Lanzarote, los vecinos dirigen de mañana a las costas a "ver bailar el Sol", es decir, verlo girar, como acontece en ese día de su movimiento alrededor de la Eclíptica. Luego de que "el Sol baila", se meten en el mar.

En Santiago de Cuba, la gente va en muchedumbre al Río San Juan. Los brujeros en La Habana, y antaño los ñáñigos, iban, bien a La Chorrera, bien a la Caleta de San Lázaro, cuando ésta existía.

En Asturias, mozos y mozas van a las fuentes, donde se hallan las hadas llamadas "xanas" (Juanas), a recoger la llamada "floi de agua", que brotan junto a los manantiales.

En la provincia de Santa Clara también es usual salir al campo a recoger el día de San Juan la hierba que lleva el nombre del Precursor. En un tiempo, se cantó en Cuba, como en Asturias, la copla:

"Si me quieres, te quiero:
si me amas, te amo;
si me olvidas, te olvido,
a todo pago.
A coger el trébole,
y el trébole y el trébole,
a coger el trébole,
la noche de San Juan."

En las calles de La Habana, los chiquillos han jugado "a la rueda", danzando a compás del viejo cantar.

En Francia, las muchachas consultan el trébol la mañana de San Juan para saber si se casan bien; y todas, la noche anterior, procu-

ran soñar con la flor que, en los ritos cristianos antiguos, representaba a la Trinidad. Una leyenda cristiana dice que el almohadón que pusieron al Niño Jesús en el pesebre estaba relleno de hojas de trébol. También esa mañana se recogen la verbena y la albahaca.

Volviendo a los países nórdicos, parece que se acostumbraba a honrar a Tor o Donar, el dios ígneo, por Pentecostés entre los germanos y los vikings. En los Eddas se declara que los seres infernales y las enfermedades se mantienen a raya ante el fuego. En periodos de epidemias y epizootias, se encienden las hogueras; y para prevenir las, el 24 de Junio, los campesinos danzan y saltan junto a las fogatas, entonando agrestes canciones. Cuando las epidemias estallaban, se apagaban los "fuegos viejos" (encendidos por Pentecostés) y por fricción se atizaban los nuevos. Este se llamaba entonces "guideld", en Escandinavia, "Netfeuer", en Alemania, y "wildfire", en Inglaterra, o "fuego de necesidad". Los anglosajones le llamaban "nedfyr".

A través de las hogueras hacían pasar el ganado, y conservaban la ceniza de los tizones, atribuyéndole virtudes curativas.

En casi todos los países septentrionales suponían que las criaturas maléficas todas sienten predilección por el Verano, por lo cual, evitando el daño que de ellas pudieran sobrevenir, al comenzar esa estación, encendían las fogatas. Asimismo, solía bendecirse el fuego sanjuanero, creyendo que gracias a esto la casa no sería consumida por las llamas.

En Bretaña, Francia, durante todo el día del 23 de Junio los chiquillos recogen dinero para "les feux de Monsieur Saint Jean". Tan pronto se oculta el sol, enciéndense miles de hogueras. En algunos puntos, con gran solemnidad, los párrocos llevan lumbre del fuego santo y prenden los montones de leña. En algunas poblaciones, por medios ingeniosos, se hace que un ángel de cartón, colgado sobre la calle principal, descienda de su altura y dé fuego a los haces. La gente acostumbra a bailar y saltar al son de música antiquísima transmitida de tradición. En los ruedos, colócanse asientos para los difuntos. En los cantares acostúmbrase a hacer alusión de las cosas que eran gratas a sus deudos.

EL DIA DE SAN JUAN EN ESPAÑA

En algunos lugares de España, al igual que en Portugal, como quiere Teófilo Braga, las celebraciones de San Juan marcan la perduración de un rito fálico. Esas modalidades, se transmitieron a toda la América, conservándose restos de ese aspecto, muy limados ya, en Cuba. Esto nos hace recordar que en Grecia, el culto fálico de Dionisio también coincidió con el Solsticio Vernal en muchas de sus más importantes manifestaciones. A nosotros nos queda, por ejemplo, la práctica de ciertas pruebas para conocer si las muchachas se casan o no dentro del año mediante la clara de huevo. En muchos países, como antes hemos visto, se trató de llegar al mismo conocimiento, mediante oráculos de otra naturaleza.

Sin referirnos ya a la multitud de pueblos que tienen por patrono a San Juan Bautista, y en los cuales por esta razón las tradiciones

de Pentecostés se mantienen más frescas, en España fué general la recordación del día señalado para festejar la natividad del Precursor.

En Madrid, la verbena de San Juan—una en el período que comienza por San Antón—es particularmente regocijada. Pero es en Cataluña donde la fiesta conserva sus más primitivos dejos. En todo el Principado se venden albahaca, buñuelos y tortas de confección especial, en improvisados mercados, donde priva el alboroto. Los chiquillos y las mozas danzan alrededor de las hogueras y recogen las hierbas tradicionales. Es, sin embargo, en Lérida, donde lo más rancio de la fiesta sanjuanera mantiene el viejo aspecto. Al anochecer, los muchachos van a los bosques a cortar leña. Regresan ya bien caída la noche en procesiones de antorchas, que llevan a depositar a las fogatas.

En las Vascongadas y las Islas Baleares, se celebran cucañas y se queman las hogueras, como en otras partes, con acompañamiento de cantos transmitidos de generación en generación. Las cuestaciones que hacen los chicos, como en Francia, son un rasgo de las fiestas de San Juan en las provincias vascas.

En Sevilla, las verbenas son particularmente animadas. Se celebran en la Avenida de Hércules.

En Castilla la Nueva, ponen enramadas en las casas de campo. Mozos y mozas se convidan a chocolate, que toman en los prados, costeando ellas en San Juan lo que se consume y ellos por San Pedro.

EL REY PRENDIA LAS FOGATAS EN PARÍS

Dice Clavel (Historia Pintoresca de las Religiones) que la anotación más antigua que se posee en los archivos municipales de París acredita que el 23 de Junio de 1473, se celebró por vez primera, solemnemente el día de San Juan en Lutecia. A media noche de aquel día, las tres compañías de arqueros municipales, el gobernador, el preboste, los regidores y los escribanos de la ciudad, llevando guirnaldas de flores, marcharon a través de las calles, para dar tres vueltas a la Plaza de la Greve, donde, en presencia del rey los cánticos de los clérigos, con hachones, prendieron las fogatas, colocados en el centro del lugar. Acaso aquel año la festividad tuviese algún particular señalamiento, bien por razón de epidemia, bien por otros azotes. Luis XI, Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV, participaron siempre en tales funciones.

El 24 de Junio de 1620, la municipalidad de París ofreció un banquete al soberano, que había acudido a la Casa Consistorial para prender las fogatas. Después del acto, el nieto de San Luis arrojó a la plaza, con los restantes comensales, la vajilla empleada en aquella comilona.

Refiérese que en los primeros años era usual colocar un mástil en el centro de la pira. En su extremo pendía una jaula, dentro de la cual ponían 24 gatos y una zorra, destinados a ser quemados vivos, pues se creía que esos animales eran receptáculo de los espíritus de las brujas que podían causar en el resto del año mal a los vecinos.

Después de apagada la hoguera, los asistentes cargaban con los tizones y la ceniza, amén de frotar en los rescoldos determinadas yerbas y plantas a las cuales se atribuían propiedades curativas. Otros, hacían que un prójimo saltase sobre los fuegos con las yerbas en la mano, para que así ganaran la lustración, barrera contra el Demonio.

En el Siglo XVIII, la Mariscala de Armentieres, cuyo esposo era gobernador de la plaza de Metz, hizo terminar la costumbre de quemar gatos, arengando al pueblo contra aquel alarde de crueldad.

En Alsacia y Lorena, las autoridades eclesiásticas intervienen en estos actos populares. Después de la puesta del Sol, los campesinos colocan en el centro de las plazas haces de leña, que cubren con yerba de San Juan. El cura, el alcalde, o, en defecto de éstos, el hombre más viejo del lugar, precedidos de la cruz, se dirigen al punto donde se alzan los montones de troncos de árboles, y prenden la hoguera. Mientras centellea la llama, cantan dándole vueltas. Luego, el cura bendice el fuego y se marcha. Entonces, la muchedumbre se apiña alrededor del fuego, saltan, bailan, pasan y repasan por el fuego ramos verdes, y se llevan los tizones que guardan en sus casas o arrojan a los surcos, a modo de profilácticos contra el granizo y las plagas.

En el Brasil, como en Francia, también se acostumbraba a quemar gatos. Mientras las hogueras ardían en el centro de las plazas, la gente recorría las calles desafortadamente.

LA PURIFICACION DEL FUEGO EN LA INDIA

En la India, el mismo Budha—de "budhi", sabio, derivado de un verbo que significa "iluminar"—decía que la vida era chispa que saltaba al roce de la madera divina; y los paris—que continúan practicando el Mazdeísmo—que la Divinidad debe contemplarse a través del fuego purificador. En lo más antiguo, los pueblos arios debieron de venerar deidades luminosas, transmitiendo a todos los indo-europeos esa tendencia, que ha mantenido la tradición de las hogueras.

Los brahmanes tienen una deidad del fuego, Agni, que se supone dueña de la vida. En el panteón indio se le conceden características semejantes a las que se otorgan a Indra.

Llévase a tal extremo la veneración hacia el fuego sagrado, que cuando éste se apaga no se le produce sino por fricción, pese a que ya los brahmanes disponen de otros medios, como, aún primitivo, el mismo del eslabón y el pedernal de los sacerdotes católicos. Llamán Pramantha, como criatura masculina, principio activo, al instrumento de madera que sobre el de piedra, Vacpari, engendra el fuego. En algunos pueblos, a semejanza de los indos, el órgano sexual masculino recibe el mismo nombre del instrumento de producir el fuego. Así, pues, resulta que Agni es hijo de los dos "varani", Pramantha y Vacpari.

En el mes de junio, los que van a participar en las celebraciones agrarias, ayunan, se purifican, y duermen sobre tierra, durante los diecisiete días precedentes al Solsticio Ver-

nal. Llegado el día de la fiesta, se pintarrajean de excremento de vaca, mezclado con azafrán, y se coronan de flores.

Se dirigen a un paraje donde trazan un cuadrilátero de 40 pies de largo, dentro del cual colocan carbones encendidos, que atizan de diferentes maneras para renovar su arder. Los sacerdotes, trayendo las estatuas de Dharmaraja y su esposa, Deobadi, y rezando, dan tres vueltas al gigantesco brasero. Terminada la procesión, los "taspavis" o votarios, pasean, generalmente con carga para dar a ésta carácter sagrado, sobre los chamizos, con los pies descalzos. Generalmente se coloca al final del camino de fuego un balde lleno de agua, para que los penitentes se refresquen en ella los pies.

Cuando han terminado el paseo sobre el fuego—sin proferir una queja—se despojan de las coronas, arrojándolas a distancia. Los que asisten a la ceremonia, se abalanzan sobre ellas y las cenizas, conservándolas en sus viviendas, pues estiman que Agni se ha poseionado de los rescoldos adjudicándoles virtudes profilácticas y fecundativas. En virtud de esas materias, los malos espíritus se reservan de entrar en sus casas.

En Bedjapier (Clavel), llevan en procesión un tronco, lo coronan de flores y le plantan cerca de la Pagoda. En seguida, los devotos le hacen ofrenda de arroz. Después, prenden fuego a los haces de paja, que han ido colocando al pie del poste. Tan pronto centellea la llama, el brahman deduce, por las oscilaciones de ella, los oráculos sobre las cosechas y la fecundidad de las bestias. Es este, pues, un rito agrario, como lo era en Grecia, y lo fué en los países nórdicos.

PRONOSTICO DE MATRIMONIO

En Cuba fué general la celebración del Solsticio de Verano. En las provincias orientales, sin embargo, particularmente en algunas ciudades, fué más restringida la costumbre de armar fogatas.

En Baracoa, Guantánamo y otros lugares, se practicaba la lustración por agua de río, el 24 al amanecer, como en las Canarias, en Cataluña y algunas provincias andaluzas. En La Habana, se enlazó esta costumbre con los ritos brujeros de Yemayá y determinadas funciones litúrgicas de los ñáñigos.

Originada en los mismos motivos de las "fallas" valencianas, existía en Santiago de Cuba, hasta bien entrada la mitad del siglo pasado, la costumbre de que el día de San Juan se quemara en medio de la calle un muñeco de paja o cartón, que representaba acaso, en las más lejanas interpretaciones, el Paganismo vencido por la luz del Bautista, o bien las miserias de la época que el día más largo del año tenía su final. Se libaba abundante aquel día y se corría la pólvora, pues todo era hacer fuego sobre el muñeco con pistoletas y todo linaje de arma disponible. Menos ruidosa, y en ocasiones menos sangrienta, era la costumbre de los "mamarrachos", o individuos disfrazados de manera ridícula que recorrían las calles y las casas de la ciudad, haciendo, de manera ingeniosa, la crítica que hoy ejercen las revistas festivas. El chiste oportuno, la agudeza acerada como espada, el dicho lleno de alusiones, hallábanse prestos en la boca de los individuos de las más bajas capas sociales que salían, con disfraz, ese día a ejercer la censura de la época. Dícenos el Coronel Gutiérrez que los últimos "mamarrachos" que él vió en Santiago por San Juan fueron dos que, aludiendo en su diálogo al fracaso de los españoles en la operación de la loma de la Galleta, terminaron en la cárcel santiaguera su lenguaracidad.

Menos popular era la cabalgata o "corrida de caballos", que tenía por término el Santuario de El Cobre. De chaquetilla los hombres y las damas de amazonas, formábanse grandes grupos de gente montada, que iban de romería junto a la patrona de Cuba.

En Matanzas, los campesinos encendían grandes hogueras. Maravillosa era la vista de los campos desde la loma de la Cumbre. Frente a cada bohío, una fogata, y en torno de ella, bailando, cantando, y alguna vez bebiendo, los vecinos de la cabaña típica. Las abluciones en el río San Juan también eran parte del programa de ese día. Las supersticiones sanjuaneras eran muchas. Decíase, por ejemplo, que el pichón que no abandonase su nido el día de San Juan se llenaría de parásitos el buche, muriendo. La gente, pues, salía la calurosa tarde a ver los nidos.

El habanero fué más entusiasta que el resto de los cubanos en la celebración de San Juan. Era usual encender fogatas en los solares yermos y en ciertas plazas. El lugar escogido con preferencia, sin embargo, era el terreno baldío que existían entre el Terreón de San Lázaro y la caleta del mismo nombre. Aquel sitio, que en la colonia gozaba de la peor reputación, era lugar de reunión aquella noche de los tipos de peor catadura de la ciudad, y, generalmente, el 24 de Junio amanecía enrojecido por la sangre de las trifulcas.

Ya en época republicana, se construían casas de madera sobre los arrecifes del Malecón, como antaño se levantarán en la playa. Los bravucones de oficio, las mujeres de peor ralea, y, en ocasiones, alguna potencia de ñáñigos, iban a "pasar un rato" bailando y libando, en las improvisadas construcciones. Generalmente, a las diez de la noche, prendían el fuego a las casas, y, entonces, de un extremo a otro del litoral ardían enormes piras. Más de una vez las competencias entre los barrios—y en esto se revela que algunos grupos de ñáñigos tenían intervención—hacían terminar sangrientamente la noche del 23 de junio.

Se acostumbró también por las muchachas casaderas interrogar al oráculo de la clara de huevo lo que hasta el próximo San Juan el destino les reservaba. A las doce de la noche del 23 de junio, se echaba un huevo, abierto ligeramente en el extremo, dentro de un vaso de agua; el 24 al mediodía, se iba a ver, y si la clara, al escaparse del interior formaba una iglesia, era señal de matrimonio: si un buque, de viaje, y así, caprichosamente. Si se trataba de una joven que tuviera que escoger pretendiente entre sus amigos, arrollaba un número de pedazos cuadrados de papel, sobre los cuales había escrito nombres. Los ponía en un vaso de agua, y el que al siguiente día estuviese abierto, o se abriese primero ante su vista, le señalaba el hombre por quien habría de decidirse.

Las comadres de San Juan dieron también ocasión a regocijos familiares. Cuando alguna joven deseaba comprometer a una amiga para que la agasajara o le hiciera regalos, la noche de San Juan le arrojaba de improviso un huevo relleno de perfume o de polvos de arroz, y entonces la que así era señalada quedaba con la obligación de hacer un regalo a su "comadre". Generalmente se acostumbraba a remitir a la "comadre" un pastel, en cuyo interior se ponía dinero o bien alguna joya: otras veces, se ofrecía una fiesta a la que la noche de San Juan la solicitara de esa manera.

Todo esto, lector ha caído en desuso entre nosotros. La alegría que huyó con esos regocijos ha muerto en el tráfago de nuestros tiempos. Y ¿quién se atrevería a señalar las tradiciones que estamos legando a las generaciones posteriores a las nuestras?

Habano

PRONOSTICO DE MATRIMONIO DOCUMENTAL
M. Junio 26/32
DECANA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA